

***El fascismo polaco y los errores del partido comunista. La
cuestión polaca***
León Trotsky
Julio de 1926

(Versión al castellano desde “Polish Fascism and the Mistakes of the CP”, en *Intercontinental Press*, Vol. 9, nº 8, 1 de marzo de 1971, páginas 185-188; también para esta nota explicativa: en julio de 1926, la mayoría estalinista de la alta dirección de la Internacional Comunista permitió a León Trotsky hablar durante diez minutos en una comisión especial que se había creado para considerar los errores cometidos por el partido comunista polaco que facilitó la toma del poder del mariscal Josef Pilsudski el 12 de mayo del mismo año.

El discurso no fue publicado en ese momento. Sin embargo, Trotsky encontró una copia del estenograma seis años después y decidió publicarlo en el *Boletín* de la Oposición de Izquierda Rusa, donde apareció en los números 29 y 30.

Trotsky, que entonces vivía en el exilio en Prinkipo, escribió una introducción, explicando las circunstancias en las que se pronunció el discurso y añadiendo algunas consideraciones adicionales a la luz de acontecimientos posteriores.

El discurso y la introducción son de especial interés para los revolucionarios preocupados por el peligro del fascismo y conscientes de la necesidad de entender su verdadera naturaleza para, así, combatirlo mejor. Particularmente notable es la evaluación de Trotsky del fascismo en general, con distinción de variedades particulares del mismo. Sus observaciones sobre el fascismo polaco deben ser consideradas en relación con su estudio mucho más detallado del fascismo que floreció en Alemania. La traducción del ruso [al inglés] es de George Saunders.)

Introducción

En mayo de 1926 Pilsudski llevó a cabo su golpe de estado en Polonia. La naturaleza de esta operación de salvamento le pareció tan enigmática a la dirección del partido comunista que, en la persona de Warski y otros, llamó al proletariado a las calles para apoyar el levantamiento del mariscal. Hoy en día este hecho parece bastante increíble. Pero derivaba de la misma política de la Comintern en aquellos años. Los epígonos habían convertido la lucha por el campesinado en la política de disolver el proletariado en la pequeña burguesía. En China, el partido comunista entró en el Kuomintang y se sometió humildemente a su disciplina. Para todos los países del oriente, Stalin puso en vigor la consigna: “el partido obrero-campesino”. En la Unión Soviética, la lucha contra los “superindustrializadores” (la Oposición de Izquierda) se libró en nombre de la preservación de las buenas relaciones con los kulaks. En los círculos dirigentes del partido ruso se produjo una discusión bastante abierta sobre la cuestión de si no había llegado el momento de volver de la dictadura proletaria a la fórmula de 1905: “la dictadura democrática del proletariado y el campesinado”. Condenada por todo el proceso de desarrollo y descartada definitivamente por Lenin en 1917, esta fórmula fue convertida por los epígonos en el criterio más elevado. Desde el punto de vista de la “dictadura democrática”, Kostrzewa reevaluó el legado de Rosa Luxemburg. Warski, después de un cierto período de vacilación, comenzó a entonar las órdenes de Manuilsky con una diligencia redoblada. Bajo esas circunstancias estalló el golpe de estado de Pilsudski. El comité central del partido polaco tenía un miedo mortal a mostrar cualquier “subestimación del campesinado”. ¡Sabe dios que habían aprendido bien las lecciones de la lucha contra el “trotskismo”! Los marxistas del comité central convocaron a los obreros para apoyar la casi “dictadura democrática” del sargento reaccionario.

La práctica de Pilsudski rápidamente introdujo correcciones en la teoría de los epígonos. A principios de julio, la Comintern ya tuvo que ocuparse en Moscú de una revisión del “error” del partido polaco. Warski ofreció el informe en la comisión especial, en lo tocante al punto sobre la información y la “autocrítica” se le había prometido una exoneración completa, a condición que asumiera voluntariamente la plena responsabilidad de lo que se había hecho, ¡protegiendo a los jefes de Moscú! Warski hizo lo que pudo. Sin embargo, mientras confesaba su “error” y prometía corregirse a sí mismo, se mostró completamente incapaz de sacar a relucir las cuestiones de principio que yacían en la raíz de sus desgracias. El debate en su conjunto tuvo un carácter extremadamente caótico, confuso y, hasta cierto punto, deshonesto. Al fin y al cabo el propósito era lavar el abrigo sin mojar el paño.

Dentro de los límites de los diez minutos permitidos, intenté hacer una evaluación del golpe de Pilsudski en relación con la función histórica del fascismo, y así revelar las raíces del “error” de la dirección del partido polaco. Las actas de la comisión no fueron publicadas. Esto, por supuesto, no impidió que se desarrollara una polémica en todos los idiomas contra mi discurso inédito. Las reverberaciones de esta polémica no han desaparecido hasta el día de hoy. Habiendo encontrado el estenograma de mi discurso en los archivos, llegué a la conclusión de que su publicación (especialmente a la luz de los acontecimientos actuales en Alemania) podría resultar de cierto interés político incluso hoy en día. Las tendencias políticas deben ser puestas a prueba en las diferentes etapas del desarrollo histórico, sólo así se puede evaluar adecuadamente su contenido real y el grado de consistencia interna.

Naturalmente, en el caso de un discurso pronunciado hace seis años en una comisión especial y en un plazo de diez minutos, no se puede esperar más de lo que contiene. Si estas líneas llegan a los camaradas polacos, a quienes están destinadas, ellos, como lectores más informados, podrán completar lo que dije de forma incompleta y corregir lo que no es correcto.

En mi intervención valoraba el golpe de estado de Pilsudski como un golpe “preventivo” (cautelar). Esta caracterización puede ser apoyada en cierto sentido incluso hoy en día. Precisamente porque la situación revolucionaria en Polonia no alcanzó la misma madurez que en Italia en 1920 y, más tarde, en Alemania en 1923 y 1931-32, la reacción fascista en Polonia no alcanzó tal profundidad e intensidad. Esto explica por qué Pilsudski, en un período de seis años, todavía no ha llevado a cabo su trabajo.

En relación con el carácter “preventivo” del golpe de estado, en la intervención planteé la esperanza de que el reinado de Pilsudski no fuese tan largo como el de Mussolini. Desafortunadamente, ambos han sido más prolongados de lo que cualquiera de nosotros esperaba en 1926. La causa de esto radica no sólo en las circunstancias objetivas, sino, también, en las políticas de la Comintern. Los defectos básicos de esas políticas, como verá el lector, se señalan en el discurso, sin duda que de una manera muy cautelosa: hay que recordar que tuve que hablar como miembro del Comité Central del Partido Comunista Ruso, es decir en el marco de la disciplina que de ello se derivaba.

No se puede negar que el papel inicial del PPS [Partido Socialista Polaco] con respecto al pilsudskismo le brindó un apoyo bastante espectacular a la teoría del “socialfascismo”. Sin embargo, los años posteriores también trajeron las correcciones necesarias, sacando a relucir la contradicción entre las agencias democráticas y fascistas de la burguesía. Quienquiera que considere esta contradicción como absoluta, inevitablemente se dirigirá hacia el camino del oportunismo. Quien ignore esta contradicción, estará condenado a la arbitrariedad ultraizquierdista y a la impotencia

revolucionaria. Quien todavía necesite pruebas de ello, sólo tiene que mirar hacia Alemania.

L. Trotsky
Prinkipo
4 de agosto de 1932

Sobre la cuestión polaca

Quiero referirme únicamente a dos interrogantes de importancia general que se han planteado repetidamente en el debate, tanto en la sesión de ayer como en la de hoy.

El primero es: ¿qué es el pilsudskismo y cómo se relaciona con el fascismo? El segundo: ¿cuáles son las raíces del error cometido por el Comité Central del Partido Comunista Polaco? Por “raíces” no me refiero a asuntos relacionados con individuos o grupos, sino a asuntos objetivos, incorporados en las condiciones de la época; pero no por ello minimizo en modo alguno la responsabilidad de los individuos.

El primer interrogante: pilsudskismo y fascismo.

Estas dos corrientes tienen sin duda rasgos en común: sus tropas de choque se reclutan, sobre todo, entre la pequeña burguesía; tanto Pilsudski como Mussolini actúan a través de medios extraparlamentarios, abiertamente violentos, con los métodos de guerra civil; ambos destinados no a derrocar a la sociedad burguesa, sino a salvarla. Después de haber puesto en pie a las masas pequeñoburguesas, ambos se enfrentaron abiertamente con la gran burguesía después de llegar al poder. Aquí me viene a la mente involuntariamente una generalización histórica: uno se ve obligado a recordar la definición de Marx del jacobinismo como un medio plebeyo para tratar con los enemigos feudales de la burguesía. Eso fue en la época del *ascenso* de la burguesía. Hay que decir que ahora, en la época de la *decadencia* de la sociedad burguesa, la burguesía necesita una vez más un medio “plebeyo” para resolver sus problemas, que ya no son progresistas sino más bien totalmente reaccionarios. En este sentido, pues, el fascismo contiene una caricatura reaccionaria del jacobinismo.

Cuando estaba en ascenso, la burguesía no pudo establecer una base para su crecimiento y predominio dentro de los confines del estado feudal-burocrático. Para asegurar el florecimiento de la nueva sociedad burguesa era necesario el modo jacobino de tratar con la vieja sociedad. La burguesía en declive es incapaz de mantenerse en el poder con los métodos y medios de su propia creación: el estado parlamentario. Necesita al fascismo como arma de autodefensa, al menos en los momentos más críticos. A la burguesía no le gustan los medios “plebeyos” para resolver sus problemas, tenía una actitud extremadamente hostil hacia el jacobinismo, que despejó con sangre el camino para el desarrollo de la sociedad burguesa. Los fascistas están mucho más cerca de la burguesía en decadencia que los jacobinos de la burguesía en ascenso. Pero a la burguesía establecida tampoco le gustan los medios fascistas para resolver sus problemas, porque los choques y disturbios, aunque en interés de la sociedad burguesa, también implican peligros para ella. Esta es la fuente del antagonismo entre el fascismo y los partidos tradicionales de la burguesía.

Es indiscutible que el pilsudskismo es un movimiento pequeñoburgués tanto por sus raíces como por sus impulsos y por las consignas que plantea. Es dudoso que Pilsudski supiera de antemano qué camino seguiría. No muestra ser particularmente inteligente. Sus acciones llevan el sello de la mediocridad. (Walecki: ¡estás equivocado!). Pero mi objetivo no es caracterizar a Pilsudski de ninguna manera; no lo sé, quizás sí vio algo más antes que otros. En cualquier caso, aunque no supiese lo que quería hacer, sabía muy bien (a primera vista) lo que quería evitar, que era, sobre todo, un movimiento revolucionario de las masas trabajadoras. Todo lo que no entendía, otros

lo pensaban por él, quizás incluso el embajador inglés. En cualquier caso, Pilsudski encontró rápidamente un terreno común con el gran capital, a pesar de que en sus raíces, impulsos y consignas el movimiento que dirigía era pequeñoburgués, un medio “plebeyo” para resolver los problemas apremiantes de la sociedad capitalista en proceso de decadencia y destrucción. Aquí hay un paralelismo directo con el fascismo italiano.

Aquí se ha dicho (Warski) que la democracia parlamentaria es la arena en la que la pequeña burguesía se desempeña de manera más brillante. Pero ni siempre ni bajo todas las condiciones. También puede perder su brillo, desvanecerse y mostrar cada vez más su debilidad. Y como la propia gran burguesía se encuentra en un callejón sin salida, la arena parlamentaria se convierte en un espejo de la situación de callejón sin salida y declive de la sociedad burguesa en su conjunto. La pequeña burguesía, que atribuía tanta importancia al parlamentarismo, comienza a sentirlo como una carga y a buscar una salida por caminos extraparlamentarios. En su impulso básico, el pilsudskismo es un intento de solución extraparlamentaria de los problemas de la pequeña burguesía. Pero en este mismo hecho radica la inevitabilidad de la capitulación ante la gran burguesía. Porque, si bien en el parlamento la pequeña burguesía muestra su impotencia ante el terrateniente, el capitalista y el banquero en un caso tras otro, sobre una base “minorista”, en el intento de una solución extraparlamentaria de sus problemas, en el momento en que arrebató el poder, su impotencia social queda absoluta y totalmente al desnudo. Al principio uno tiene la impresión que la pequeña burguesía con la espada en la mano se está girando contra el régimen burgués, pero su revuelta termina con la entrega a la gran burguesía, a través de sus propios jefes, del poder que había tomado al recorrer el camino del derramamiento de sangre. Eso es, precisamente, lo que ocurrió en Polonia. Y eso es lo que el comité central no entendió.

A la gran burguesía no le gusta este método, al igual que a un hombre con la mandíbula hinchada no le gusta que le arranquen las muelas. Los círculos respetables de la sociedad burguesa veían con odio los servicios del dentista Pilsudski, pero al final cedieron a lo inevitable, sin duda, con amenazas de resistencia y mucho regateo y discusión sobre el precio. ¡Y he aquí que el ídolo de ayer de la pequeña burguesía se ha transformado en el gendarme del capital! El ritmo cinematográfico del curso de los acontecimientos es sorprendente, como de terriblemente rápida es la transición de consignas y técnicas aparentemente “revolucionarias” a una política contrarrevolucionaria de protección de los propietarios de los ataques de los obreros y campesinos. Pero la evolución del pilsudskismo está totalmente de acuerdo con la ley. En cuanto al tempo, es el resultado de una guerra civil que ha saltado etapas y ha reducido el tiempo necesario.

¿Es el pilsudskismo un “fascismo de izquierda” o es “no de izquierda”? No creo que esta distinción tenga nada que ofrecer. El “izquierdismo” en el fascismo fluye de la necesidad de despertar y alimentar las ilusiones del pequeño propietario enfurecido. En varios países, bajo diversas condiciones, esto se hace de diferentes maneras, con el uso de diferentes dosis de “izquierdismo”. En esencia, sin embargo, el pilsudskismo, como el fascismo en general, desempeña un papel contrarrevolucionario. Se trata de una contrarrevolución antiparlamentaria y, sobre todo, antiproletaria, con cuya ayuda la burguesía en declive intenta, y no sin éxito al menos durante un tiempo, proteger y preservar sus posiciones fundamentales.

He llamado al fascismo una caricatura del jacobinismo. El fascismo se relaciona con el jacobinismo de la misma manera que el capitalismo moderno, que está destruyendo las fuerzas productivas y rebajando el nivel cultural de la sociedad, se relaciona con el capitalismo juvenil que aumentó el poder de la humanidad en todas las esferas. Por supuesto, la comparación entre el fascismo y el jacobinismo, como

cualquier analogía histórica amplia en general, es legítima sólo dentro de ciertos límites y desde un cierto punto de vista. El intento de extender esta analogía más allá de sus límites justificados conllevaría el peligro de conclusiones falsas. Pero dentro de unos límites explica algo. Las cúspides de la sociedad burguesa no pudieron limpiar a la sociedad del feudalismo. Para ello era necesario movilizar los intereses, pasiones y ilusiones de la pequeña burguesía. Esta última llevó a cabo este trabajo en lucha contra las cúspides de la sociedad burguesa, aunque, en última instancia, en beneficio de ellas. Asimismo, los fascistas movilizan a la opinión pública pequeñoburguesa y a sus propias unidades armadas en lucha total o parcial con los círculos gobernantes y el aparato estatal oficial. Cuanto más amenazante sea el peligro revolucionario inmediato para la sociedad burguesa, o cuanto más aguda sea la desilusión de la pequeña burguesía, que ha confiado temporalmente en la revolución, más fácil le será al fascismo llevar a cabo su movilización.

En Polonia las condiciones para esta movilización eran únicas y complejas; fueron creadas por el impasse económico y político, las sombrías perspectivas de la revolución y el peligro “moscovita” relacionado con esto. Uno de los camaradas polacos (creo que fue Leszczynski) se ha expresado aquí en el sentido de que los verdaderos fascistas no se escondían en el campo de Pilsudski, sino en el campo de los de la Democracia Nacional¹, es decir, el gran partido capitalista, que tiene a su disposición bandas chovinistas que han llevado a cabo pogromos más de una vez. ¿Es éste el caso? Las bandas auxiliares de los nacionaldemócratas bastarían, por así decirlo, sólo para los asuntos cotidianos. Pero despertar a las amplias masas de la nación para que den un golpe contra el parlamentarismo, la democracia y, sobre todo, contra el proletariado y para que unan al poder estatal en un puño militar, el partido de los capitalistas y los terratenientes no sería suficiente para llevar a cabo ese trabajo. Para movilizar a la pequeña burguesía de la ciudad y el campo, así como al sector atrasado de los trabajadores, es necesario tener recursos políticos tales como las tradiciones del socialismo pequeñoburgués y la lucha revolucionaria de liberación nacional. Los nacionaldemócratas no poseían ni un solo rastro de esto. Por eso, la movilización de la pequeña burguesía polaca sólo pudo ser llevada a cabo por el mariscal Pilsudski, con el PPS a costas durante cierto tiempo. Pero una vez conquistado el poder, la pequeña burguesía es incapaz de ejercerlo de manera independiente. Se ve obligada a soltarlo bajo la presión del proletariado o, si éste no tiene la fuerza para apoderarse de él, a entregar el poder a la gran burguesía, pero ya no con la dispersión anterior, sino bajo la nueva forma concentrada. Cuanto más profundas habían sido las ilusiones del socialismo pequeñoburgués y del patriotismo en Polonia, y cuanto más impetuosamente se habían movilizado en condiciones de impasse económico y parlamentario, más descarada, cínica y “repentinamente” caería de rodillas ante la gran burguesía el jefe victorioso de este movimiento con la petición de que le “coronaran”. Esta es la clave del ritmo cinematográfico de los acontecimientos polacos.

El gran y duradero éxito de Mussolini sólo fue posible porque la revolución de septiembre de 1920, después de haber sacudido todos los contrafuertes y arquivoltas de la sociedad burguesa, no se llevó a cabo hasta el final. Sobre la base del reflujo de la revolución, la decepción de la pequeña burguesía y el agotamiento de los trabajadores, Mussolini elaboró y puso en práctica su plan.

En Polonia las cosas no llegaron tan lejos. El impasse del régimen estaba cerca, pero aún no existía una situación revolucionaria directa en el sentido de la disposición de las masas a entrar en combate. La situación revolucionaria estaba en camino. El

¹ O Movimiento Nacional (Liga Narodowa), nacionalistas polacos reaccionarios xenófobos particularmente antisemitas (Notas EIS).

golpe de Pilsudski, como todo su “fascismo”, aparece entonces como una contrarrevolución preventiva, es decir, cautelar. Por eso me parece que el régimen de Pilsudski tiene menos posibilidades de una existencia larga que el fascismo italiano. Mussolini aprovechó una revolución ya rota desde adentro, con la inevitable disminución de la actividad del proletariado. Pilsudski, por otro lado, ha interceptado una revolución que se acercaba, se ha levantado hasta cierto punto con su levadura fresca, y ha engañado cínicamente a las masas que lo seguían. Esto da pie a la esperanza de que el pilsudskismo sea un episodio de la ola del auge revolucionario, no de su descenso.

El segundo interrogante al que me gustaría responder aquí tiene que ver con las raíces objetivas del error cometido por los dirigentes del partido polaco. Sin duda, la presión de la pequeña burguesía, con sus esperanzas e ilusiones, fue muy fuerte en los días del golpe de mayo. Esto explica por qué el partido en esa etapa fue incapaz de ganar a las masas y guiar a todo el movimiento por un camino verdaderamente revolucionario. Pero esto no excusa de ninguna manera a la dirección del partido, que se sometió mansamente al caos pequeñoburgués, flotando sobre él sin timón ni velas. En cuanto a las causas básicas del error, están enraizadas en el carácter de nuestra época, que llamamos revolucionaria, pero que no hemos llegado a conocer de lejos en todos sus giros y contra giros, y sin este conocimiento es imposible dominar cada situación concreta en particular. Nuestro período difiere del período de la preguerra de la misma manera que un período explosivo lleno de crisis difiere de uno que es orgánico, desarrollándose con una regularidad relativa. En el período de la preguerra, tuvimos en Europa el crecimiento de las fuerzas productivas, una aguda diferenciación de clases, el crecimiento del imperialismo en un polo y el crecimiento de la democracia social en el otro. La conquista del poder por el proletariado se presentaba como la coronación inevitable pero distante de este proceso. Más precisamente, para los oportunistas y centristas de la socialdemocracia la revolución social era una frase sin contenido; para el ala izquierda de la socialdemocracia europea era un objetivo lejano para el que era necesario prepararse gradual y sistemáticamente. La guerra acortó esta época, revelando completamente sus contradicciones; y con la guerra comenzó una nueva época. Ya no se puede hablar del crecimiento regular de las fuerzas productivas, del crecimiento constante del proletariado industrial, etc. En la economía hay estancamiento o declive. El paro se ha vuelto crónico. Si tomamos las fluctuaciones del ciclo económico de los países europeos, o los cambios en la situación política, y las ponemos sobre el papel en forma de gráfico, no obtenemos una curva que sube regularmente con fluctuaciones periódicas, sino una curva febril con zigzags frenéticos arriba y abajo. El ciclo económico cambia bruscamente en el marco de un capital fijo esencialmente constante. El ciclo político cambia abruptamente en el impasse económico. Las masas pequeñoburguesas, que también involucran a amplios círculos de trabajadores, atacan ahora hacia la derecha, ahora hacia la izquierda.

Aquí ya no puede hablarse del proceso orgánico de desarrollo que fortalece incesantemente al proletariado como clase productiva y, por lo tanto, como partido revolucionario. Bajo las condiciones actuales las interrelaciones entre partido y clase están sujetas a fluctuaciones mucho más agudas que antes. Las tácticas del partido, a la vez que preservan su base de principios, están dotadas (deberían estarlo) de un carácter mucho más *maniobrable* y *creativo*, ajeno a cualquier rutina. En estas tácticas son inevitables los giros bruscos y audaces, dependiendo sobre todo de si estamos entrando en una zona de resurgimiento revolucionario o, por el contrario, en una de rápida desaceleración. La totalidad de nuestra época consiste en secciones de la curva claramente marcadas, algunas subiendo y otras bajando. Estos cambios bruscos, a veces

repentinos, deben ser detectados a tiempo. La diferencia entre el papel del comité central de un partido socialdemócrata en las condiciones de preguerra y el del comité central de un partido comunista en las condiciones actuales es, hasta cierto punto, similar a la diferencia entre un estado mayor, que organiza y entrena a las fuerzas militares, y un cuartel general de campo, que está llamado a dirigir esas fuerzas en condiciones de batalla (aunque de hecho puede haber largas pausas entre las batallas).

La lucha por las masas sigue siendo, por supuesto, la tarea básica, pero ahora las condiciones de esta lucha son diferentes. Cualquier giro en la situación nacional o internacional puede, en el siguiente paso, transformar la lucha de las masas en una lucha directa por el poder. Hoy en día no se puede medir la estrategia por décadas. En el curso de un año, o dos, o tres, toda la situación de un país cambia radicalmente. Esto lo hemos visto con especial claridad en el caso de Alemania. Después del intento de emplazar a una revolución en ausencia de las condiciones previas necesarias (marzo de 1921), observamos en el partido alemán una fuerte desviación hacia la derecha (brandlerismo), y esta desviación naufraga posteriormente en el agudo giro hacia la izquierda de toda la situación (1923). En lugar de la desviación oportunista viene una ultraizquierdista, cuyo ascenso coincide, sin embargo, con el reflujo de la revolución; de esta contradicción entre las condiciones y las políticas surgen errores que debilitan aún más el movimiento revolucionario. El resultado es una especie de división del trabajo entre las agrupaciones derechistas y ultraizquierdistas, según la cual cada una de ellas, en un brusco giro hacia arriba o hacia abajo de la curva política, sufre una derrota y da paso a la agrupación rival. Al mismo tiempo, el método practicado actualmente (de cambiar el liderazgo con cada cambio en la situación) no les ofrece a los cuadros dirigentes la oportunidad de adquirir una experiencia más amplia que incluya tanto el ascenso como la caída, tanto el flujo como el reflujo. Y sin esta comprensión generalizada y sintetizada del carácter de nuestra época de cambios rápidos y abruptos, no se puede educar a unos cuadros verdaderamente bolcheviques. Por eso, a pesar del carácter profundamente revolucionario de la época, el partido y su dirección no han logrado ponerse a la altura de las exigencias que la situación les ha planteado.

El régimen de Pilsudski en Polonia será un régimen de lucha fascista por la estabilización, lo que significa una agudización extrema de la lucha de clases. La estabilización no es una condición concedida a la sociedad desde fuera, sino un problema para la política burguesa. Este problema se resuelve parcialmente hasta que vuelve a estallar. La lucha fascista por la estabilización despertará la resistencia del proletariado. En la base, la desilusión de las masas en el golpe de Pilsudski creará una situación favorable para nuestro partido, a condición, por supuesto, que la dirección no se adapte unilateralmente a un aumento temporal o a un declive temporal de la curva política, sino que acepte la línea básica del desarrollo en su conjunto. A la lucha fascista por la estabilización hay que contraponer, sobre todo, la estabilización interna del partido comunista. ¡Entonces la victoria estará asegurada!

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es